

universo, soles y sistemas aparecían más espaciados; y, continuando mi ascensión, me encontré en el seno de un vacío negro y desierto, desde el que, fuera ya de los límites de nuestro universo, sólo me fué dado apreciar el conjunto y la forma del mismo, pareciéndome análogo á uno de los numerosos conjuntos de estrellas que se observan en los campos telescópicos; poco á poco fué perdiendo su volumen, reduciéndose, á medida que yo me alejaba en las profundidades del espacio exterior.

Entonces, en la noche infinita, pude ver por encima de mí otro universo que flotaba en el espacio como una nebulosa pálida y lejana, y comprendí que todo cuanto vemos con nuestros propios ojos durante la noche, todo cuanto la visión telescópica nos ha permitido descubrir, no representa en el infinito más que una región local en un universo y que hay otros universos además de éste del cual nuestro sol no es más que una estrella.

VII

EN EL INFINITO

Acercándome al segundo universo que parecía adelantarse hacia mí aumentando sus dimensiones, nuevo archipiélago de estrellas, no tardé mucho en llegar á sus primeros límites exteriores. Luego, atravesándolo en toda su extensión, reconocí que está á su vez compuesto de muchos miles de soles alejados unos de otros por millares de millones de kilómetros. Del otro lado del mismo encontré otro desierto obscuro semejante al que hube antes de franquear para encontrarme en este segundo universo.

Continuando mi éxodo, ví aparecer un tercer mundo que atravesé en toda su extensión; y luego otro, y después otro: y al atravesar los desiertos que los separan, mi vista, dirigiéndose en todas direcciones á través del abismo, descubría en todas partes nuevos universos.

Comprendí entonces que cuantas estrellas nos ha sido dable observar en el cielo; cuantos millones de puntos luminosos constituyen la vía láctea, todos los innumerables cuerpos celestes, los soles de todas las magnitudes y de todos los colores, los varios sistemas, los planetas, los satélites que por millones y millares de millones se suceden en la inmensidad en torno

de nosotros; que todo en fin cuanto las humanas lenguas han designado con el nombre de cielo, ó con el de universo, sólo es en el infinito un archipiélago de islas celestes, y en la población del gran todo, algo así como una ciudad más ó menos importante.

En ese pueblo del imperio sin límites, en esa ciudad del país sin fronteras, nuestro sol y su sistema no representan más que un punto, lo que *una casa* rodeada de millones de edificios análogos. ¿Puede considerarse como palacio ó como cabaña de esa ciudad inmensa nuestro sistema solar? Más bien como cabaña que como alcázar.

¿Y la Tierra? La Tierra no es más que *una habitación* en la casa solar; un cuartito tan pequeño como modesto.

Quiere esto decir que, en la economía general de la naturaleza, nuestro mundo entero no tiene más importancia de la que en el seno de un palacio pueda tener la habitación más reducida: y ese palacio, que es el universo, no es más que uno, y más allá de él, en todas las direcciones del espacio, hay otros y otros; número incalculable de universos.

¡Cuán lejos está esta realidad de las pretensiones humanas — antiguas y modernas — que presentan á nuestro mundo llenando el infinito, á Dios deteniendo al Sol para alumbrar un combate de Josué, de Carlomagno ó de Carlos quinto, y al gran distribuidor de estrellas tomando humana forma para habitar entre nosotros!

¡Qué admirable candor el de los teólogos sinceros!
¡Qué tremenda impostura la de los Jefes de Estado que aun osan investirse del título de mandatarios de Dios

para esclavizar á la humanidad! Esos hombres, ó ignorantes ó embusteros, que de la más sublime de las ideas hacen una cómplice de sus actos poco meritorios; ¿no son acaso los verdaderos ateos, como son verdaderos deístas esos investigadores independientes cuya ambición única estriba en llegar á las causas, en aproximarse de un modo gradual á la verdad inmutable y eterna?

¡De cuán extraños sistemas religiosos ha rodeado hasta el día su imaginación infecunda la humanidad terrestre! El israelita que se imagina hacerse agradable á *Dios* practicando la circuncisión ó adquiriendo un cuchillo nuevo para estar seguro de que no ha tocado la grasa de puerco; el cristiano que cree hacer descender á *Dios* sobre una mesa, y al que los predicadores cuentan que las plegarias y los ayunos ejercen influencia en la meteorología y en la agricultura; el musulmán que ve ante sí abrirse la puerta del paraíso de Mahoma cuando da de puñaladas á un misionero; el fanático que se precipita bajo las ruedas del carro de Jaggernaut; el budista que se extasia en la contemplación de su ombligo ó hace maniobrar un molino de oraciones para la remisión de sus pecados, se forman con seguridad del ser desconocido é *imposible de conocer* la más singular, la más pueril de las ideas.

Todas esas pequeñeces de espíritu estaban en relación con la idea primitiva de la pequeñez del universo, considerado como una especie de estuche adornado de clavos de oro encerrando la Tierra en su centro. Si la Astronomía no hubiese producido otro resultado que el de agrandar nuestras concepciones generales y mostrarnos la relatividad de las cosas terrestres en el

seno de lo absoluto y manumitirnos de la antigua esclavitud del pensamiento haciéndonos libres ante el infinito, eso sería bastante y aun sobrado para hacerla acreadora de nuestra veneración y reconocimiento eternos, porque sin ella aún seguiríamos incapacitados para pensar con exactitud.

Me objetarán algunos conservadores de las rancias ideas, que existen aún en Francia, en el Observatorio mismo de París, astrónomos que comulgan, que rezan el rosario y que llevan cirios á las capillas. Sí, es ese un hecho innegable. Tal fenómeno psicológico tiene dos explicaciones. Esos seres híbridos pueden ser ó no sinceros : en el primer caso, si creen de buena fé, están en perpetuo desacuerdo con su razón científica y en este supuesto debe maravillarnos el extraño consorcio que sus conciencias les permiten establecer entre dos concepciones de la naturaleza que están en franca contradicción la una con la otra : en el segundo caso, si no son creyentes, todo en ellos es hipocresía, mentira, disimulo, interés personal, género en fin de conciencia que saben juzgar como se merece, todos los hombres honrados.

Tales anomalías, tales retardos, no han podido impedir á la ciencia astronómica hacer la luz, dar independencia á los espíritus que la comprenden y que tienen el valor y la franqueza de sus opiniones.

Y como al narrar mi ensueño veneciano no tengo la intención de entrar en polémica alguna ni de entablar disertaciones ajenas á mi propósito, reanudo aquí la narración de mi viaje sideral, del que sólo me resta describir la última fase.

Digo pues que atravesé muchos universos análogos

á nuestra vía láctea, separados los unos de los otros por abismos de nada, y en la contemplación de ellos hubo de chocarme sobre manera un gran número de humanidades extrañas á la nuestra, viviendo en las diversas regiones del espacio de su propia vida y dejándose arrastrar cada una en su destino por el huracán de sus asuntos personales. Sí : en tanto que los habitantes de la Tierra reducen á su talla exigua la creación, millares, millones, millares de millones de humanidades viven, alcanzando diferentes grados en la jerarquía intelectual, en sistemas solares que, para ellos, son el centro de su esfera de observación, y lejos de los cuales nuestra patria terrestre queda perdida en un alejamiento infinito.

También tuve ocasión de ver algunos mundos muertos. Hecho que merece fijar un poco la atención es el de que toda existencia propende á la muerte. Los seres nacen sólo para morir ; alcanzan sus períodos de vitalidad los mundos para descender en seguida de su apogeo y llegar á la decadencia y á la tumba : los soles se alumbran para extinguir su luz. La muerte parece ser pues la ley suprema, el resultado final.

Puede desde hoy el matemático calcular con gran aproximación la época en que nuestro Sol quedará sin luz, época en que la Tierra rodará en la noche eterna como cementerio helado. Toda la historia de la humanidad terrestre quedará reducida á la nada absoluta. Llegará el día en que hasta las ruinas serán destruídas.

Como consecuencia de la propensión de la energía á establecerse en equilibrio estable en el universo, la vida tendrá un fin, lo mismo en la Tierra que en cada uno de los mundos.

Si todo nos parece tan asequible á la extinción y á la muerte es porque aún ignoramos el secreto de la conservación de la energía. Semejante fin es inadmisiblemente llevando en sí mismos los términos del problema su propia condenación. Admítase en efecto que la fuerza y la materia no pueden ser ni creadas ni destruidas y han existido y por consecuencia obrado, toda la eternidad. Si pues la radiación de los soles en el espacio tiene como último resultado su extinción y como consecuencia de ésta la de la vida en los planetas que les pertenecen, como hace ya una eternidad que la energía tiende á establecerse en equilibrio estable, ya no debería existir ni un solo sol, ni siquiera una estrella.

Pues bien : con relación no á una eternidad, sino á un período de tiempo que ante lo eterno desaparece como un relámpago, un sextillón de años por ejemplo, (1.000.000.000.000.000.000) (1) la vida de una humanidad, de un planeta ó de un sol dura muy poco. Los geólogos hablan de veinte millones de años como duración de las épocas geológicas desde el origen de la vida sobre la Tierra; los físicos de cien millones de años como tiempo empleado en la constitución del globo terrestre, en su solidificación; los astrónomos hablan también de cien millones de años como edad

(1) Esta cifra no es enorme. La Tierra pesa 6 000 sextillones de kilogramos. Cinco céntimos colocados á interés compuesto desde la época del nacimiento de Jesucristo, habrían producido ya una suma de más de 416.496.400.000.000.000.000.000.000.000.000.000 francos. Hice este cálculo en 1884. La suma se duplica casi cada catorce años, por lo que en el año 1873 era mucho menor que la enunciada, siendo bastante mayor, naturalmente, en 1880. Para representar esa suma se necesitaría cantidad enorme de lingotes de oro de la dimensión de la Tierra.

probable del Sol : pues bien ; aun cuando dobláramos, triplicáramos, y aun centuplicáramos esas cifras, no llegaríamos á la milmillonésima parte de un sextillón de años. Así pues, sin remontarnos hasta una eternidad anterior, si la energía de los soles no hubiese tenido en realidad más resultado postrero, otra finalidad que su extinción, no existiríamos nosotros en este momento, ni existiría nada de cuanto existe.

En el principio de las cosas no se formó el universo ni fué tampoco formado de una sola pieza : es más, ese origen mismo no existe. En el espacio encontramos soles de todas edades : los hay antiguos y los hay nuevos, como encontramos igualmente aquí cunas y más allá sepulcros. De no haberse renovado las primeras creaciones que formó la *materia* en colaboración con la *energía*, hace tiempo que el universo habría dejado de ser, como habríase agotado ya toda la primitiva energía que animó los soles.

Así como al recorrer un bosque encontramos á nuestro paso encinas muertas, árboles lozanos y brotes que se anuncian, el viajero celeste suele encontrar en el espacio mundos muertos desde larga fecha, tierras que agonizan, moradas estelarias en plena actividad y astros salidos apenas á la vida planetaria.

Todo muere, sí, pero todo resucita.

Entre los últimos mundos en plena actividad que visité en las postrimerías de mi viaje á través de los universos lejanos, hay uno que se me antojó verdaderamente notable por el estado de perfección de su progreso social. Aun cuando dicho mundo es quizás el más lejano de todos cuantos han podido ser adivinados

en las profundidades del espacio, la humanidad que lo habita difiere poco de la nuestra bajo el punto de vista físico; está también dividida en dos sexos, y las formas orgánicas de los individuos de uno y otro se parecen algo á las de nuestra raza. Su estado social es sensiblemente superior al nuestro.

Entre todos los miembros de esa vasta familia reina armonía perpetua; sencillos y modestos, la más alta ambición de los seres que la componen es la de elevarse gradualmente en el conocimiento de las cosas y en la perfección moral.

Como la atmósfera de tal mundo no es enteramente nutritiva, los que lo habitan están obligados á comer, como lo estamos nosotros, para vivir: pero la nutrición la efectúan sólo con frutos y vegetales, no sacrificando jamás ningún ser animado.

Las funciones de la vida material les ocupan poquísimos tiempo: de aquí que se viva allí sobre todo intelectualmente: y ajenos por completo á las rivalidades personales ó de negocios que agitan de continuo á hombres y mujeres en la Tierra, allí se ocupan sólo de estudiar ó de divertirse.

El dinero es desconocido, nadie lo ha inventado; no hay pues ni ricos ni pobres. Los frutos necesarios á la nutrición pueden ser cogidos en todas partes, dondequiera que se encuentren y en la medida de las necesidades de cada cual.

Siendo el estío estación única, perpetua, nadie ha pensado en vestirse, tanto más cuanto que las formas corporales conservan siempre su belleza, resultando inútil la coquetería que nada tiene allí que tapar.

Nadie envejece: cuando un ser llega á la edad

madura, duérmese y el cuerpo se disgrega y desaparece, como una nube se hace invisible por el cambio de estado de sus moléculas.

No hay ley alguna que haya instituído los lazos del matrimonio; solo el amor impulsa allí á los seres á unirse, pues no existen ni castas ni fortunas. Rarísima cosa es que, á fuerza de años éstos pongan de manifiesto alguna divergencia de carácter entre los esposos, bastante poderosa para hacerles pensar en nueva elección; pero, en el caso de producirse dicha divergencia, como ningún lazo los liga, están en completa libertad para proceder á su antojo. Han sido siempre amantes, jamás esposos, y quizás esto explica que sean de ellos casi desconocido el deseo de cambio, de variar, de hacer nuevas probaturas, porque como se escogen unos á otros libremente, no lo efectúan sino en el caso de amarse el uno al otro más que á todos los demás, y cuando se conocen bien los dos seres que proyectan unirse.

Los amigos en ese mundo son seguros y fieles y no hay memoria de una traición dictada por vil sentimiento de celos.

En contraposición á lo que en la Tierra sucede, cualquier hombre que se inspirase en sentimientos de interés ó de ambición sería considerado como un monstruo inconcebible y aplastado por el desprecio de sus semejantes.

Allí no existen las fronteras: toda la humanidad forma una sola raza, una sola familia. Las comunicaciones están establecidas en el globo entero por una especie de palabra que vuela con la velocidad del relámpago. Los trabajos relativos á la instrucción pú-

blica, ciencias, artes, justicia, etc., están dirigidos por un consejo de administración que elige el público sufragio, recayendo siempre la elección sobre los espíritus más rectos, sabios y mejores. Inútil es añadir que nadie ha pensado jamás en un ministerio de la Guerra, porque el pueblo no aclama fetiches, conduciéndose siempre bien con el solo auxilio de su propia razón; además, es imposible explotar ni aun inventar siquiera los sentimientos patrióticos puesto que ninguna frontera divide la humanidad.

Nadie se ha tomado tampoco la molestia de instituir la ciencia llamada oficial, y por lo tanto ninguna Sorbona ha condenado la teoría del movimiento como ninguna Academia ha condenado la doctrina de la paz perpetua. Nada de títulos ni de condecoraciones: allí no priva, allí no se aprecia otra cosa, que el valor intelectual y moral de la persona.

En la lengua de ese pueblo no existe la palabra infalibilidad.

Sólo una religión reina y domina en los espíritus como en los corazones: la religión por la Astronomía. Sus facultades, más transcendentales que las nuestras; sus sentidos, más numerosos y despiertos; sus instrumentos de observación, de mayor potencia que los que nosotros usamos les han puesto hace tiempo en comunicación con los mundos que les rodean, y tales hombres han sabido utilizar la atracción como medio de transporte de un mundo á otro, entre los seres espirituales.

Ellos también han encontrado el misterio de la unión entre la fuerza y la materia, y saben que hay ahí una misma unidad substancial.

Jamás en su religión han nombrado á Dios, como

tampoco han osado nunca jugar á ningún culto, sin duda comprendiendo que de semejante puerilidad ú orgullo tan desmedido resultan cosas indignas de su espíritu elevado. Toda su religión se reduce á creer en la inmortalidad por el conocimiento mismo de la naturaleza íntima de los seres; en mejorar sus condiciones personales, en perfeccionarse todo lo posible por el estudio continuo de la creación, y en amarse los unos á los otros, confundiéndose en un sentimiento común influido por la equidad y la justicia.

Consideran la razón como la prerrogativa más alta de la raza humana, y reputarian como insensato al doctrinario que pensase en impedir el ejercicio de esa facultad en un sistema religioso cualquiera.

Nadie desde ese mundo ha visto jamás la Tierra; nadie sospecha tampoco que ésta pueda existir.

Todos los seres que lo pueblan me parecieron felices, aunque dominados de excesiva sensibilidad nerviosa. La mayor parte de su existencia la pasan en el seno de los placeres más refinados: su mundo es un edén perpetuo en constante renacimiento. Perfumes embriagadores se exhalan de los cálices de flores de espléndida belleza y matices que deslumbran; los bosques también están aromatizados, y en ellos y en todas partes la luz del día se quiebra en rayos multicolores y reproduce número infinito de paisajes de sin igual hermosura.

Mientras que absorto contemplaba tan maravilloso espectáculo, sentíme rodeado y como penetrado de ondas sonoras que mecían mi alma encantada en la más deliciosa de las melodías que me fuera dado escu-

char hasta entonces. Parecíame como si una atracción celeste enteramente desconocida, conduciéndome sobre una nube, me hiciese descender con lentitud hacia una isla en el fondo de la cual se levantase soberbio palacio de flores. Algo como una conmoción eléctrica me sacudió un momento, y... me encontré sentado en amplio sillón cerca de la alta abertura de un balcón veneciano. Una góndola, ocupada por crecido número de músicos, descendía el gran canal, procedente del Lido: cantaban aquellos hombres coros armoniosos: el cielo estaba soberbiamente estrellado, hundíase la Luna detrás de las torres lejanas, y Marte descendía hacia el horizonte.

Lentamente sonaron las doce campanadas de media noche en el viejo reloj de la torre: « ¡Calla! — exclamé, — ¡cómo he dormido! ya hace más de dos horas que estoy á la ventana: la Luna ha recorrido 7 300 kilómetros en torno de nosotros, y la Tierra á su vez ha dejado tras de sí 212 000 girando alrededor del Sol. Dulce atracción, tú eres la que rige los mundos á través del espacio; tal vez á través del tiempo riges también las almas. Cielo hermoso tachonado de estrellas, tú, que tantas cosas nos has enseñado ya, ¿tardarás aún mucho tiempo en revelarnos por completo todo el enigma que en tu seno se esconde? En ti ponemos nuestra esperanza: solo tú sabes enseñarnos; solo tú sabes presentar ante nuestros ojos asombrados los panoramas del Infinito y de la Eternidad. »

EL UNIVERSO ANTERIOR

Tuve una vez un sueño que no era sueño precisamente.

Encontrábame como observador del mundo, como cosa de cien millones de años atrás, habitando en un planeta situado en el cortejo de una de las estrellas lejanas del espacio, en el centro de un universo sideral análogo al que existe actualmente aun cuando no era él mismo, porque el universo de entonces está hoy destruído y el de hoy aun no existía.

Lo mismo que hoy, contábase entonces constelaciones y estrellas, aun cuando no eran las mismas estrellas ni las mismas constelaciones.

Había soles, lunas, tierras habitadas, días, noches, estaciones, años, siglos, seres, impresiones, ideas de los hechos; pero no eran los de hoy.

Aún no estaba formada la Tierra en que habitamos. Flotaban en el espacio los materiales que la componen, en estado de nebulosidad difusa, gravitando en torno al foco solar que gradualmente se condensaba. No había aún ni agua, ni aire, ni tierra, ni piedras, ni vegetales, ni animales, ni siquiera uno de los cuerpos que la química reputa como simples, oxígeno, hidrógeno, ázoe, carbono, hierro, plomo, cobre, etc. El gas,